

COMENTARIO AL TRABAJO
"BERNARDINO ALVAREZ, INICIADOR DE LA
ATENCIÓN NEURO-PSIQUIÁTRICA
EN MÉXICO"*

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS**

ES PARA mí, motivo de profunda satisfacción comentar hoy el trabajo histórico del Dr. Fernández del Castillo. Cuando hace un año, —ante su insistencia, y bien a mi pesar—, firmé el informe de su cambio a miembro titular, temí, que este hecho alejara a D. Francisco de nuestra Corporación, donde tantos años ha laborado y donde siempre le escuchamos con admiración y afecto. Afortunadamente no fue así y no es alabanza, sino justicia, recordar que si la historia médica tiene en el México actual una personalidad propia y cuenta cada día con más cultivadores notables, mucho de este auge se debe a la labor tesonera, constante, no siempre comprendida, pero, desde luego, eficaz, con que durante treinta años laboró el Dr. Fernández del Castillo en este campo donde todavía le encontramos con el mismo entusiasmo y dedicación que siempre vimos en él.

Y expresado este sentimiento nos ocuparemos de Bernardino Alvarez.

Durante el siglo XVI, mientras América enviaba a España con toda prodigalidad, riquezas materiales y naturales de inestimable valor, España volcaba sobre América todo lo que en contenido humano había acumulado a lo largo de un proceso de civilización, —mezclado, irregular y confuso—, que duró casi veinte siglos.

Los españoles eran y son: una mezcla abigarrada de restos griegos, fenicios, romanos, árabes, godos y judíos implantados sobre una casi legendaria población de iberos y celtas, descendientes a su vez de razas prehistóricas con orígenes inciertos.

* Presentado en la sesión del 1o. de junio de 1966.

** Académico numerario.

Esto es en lo físico. En el aspecto psicológico, aquel grupo invasor tenía a su vez, tipos tan característicos y definidos que, sin proponérselo, marcaron para siempre huellas definitivas e inmortales en el arte y en la literatura.

El estudio de este tema, así planeado, nos alejaría mucho del objeto, pero aceptemos en principio que México recibió, durante esos primeros años de su infancia occidental, cuatro tipos de españoles, inconfundibles entre sí, cada uno de los cuales, a su manera, influyó mucho sobre el desarrollo del México que hoy conocemos.

Vino el conquistador, arrogante, brutal, duro y seco, incansable y codicioso, resto de las terribles y seculares luchas de Reconquista, personaje de Romance cuyo prototipo, sin ninguna duda, es Rodrigo Díaz de Vivar. Vino también el idealista, Quijotes trasplantados a tierra americana, visionarios, utopistas, soñadores de un mundo feliz en la irrealidad de su razón irreal. Y llegaron los místicos, los henchidos de fe, apóstoles que sacrificaron sus vidas para propagar la espiritualidad de su creencia. Unidos a los anteriores, mezclados con ellos, a veces confundido, llegó el "pícaro", tal vez la figura española de mayor raigambre popular y al mismo tiempo la más literariamente española.

Cuando el "pícaro" cristaliza en obras como *El Lazarillo*, *El escudero Marcos de Obregón* o *Guzmán de Alfarache*, hacía ya muchos años que era una figura netamente española. "Pícaro" fue el Arcipreste, "pícaros" son los criados de Calixto en la Celestina, y la figura del "pícaro" la encontramos a cada paso en la literatura del siglo XVI, que para mí, es la historia del pueblo, de la gente, la historia humana de aquel grupo de españoles que vino a México. Hasta el mismo Sancho, con su realidad práctica frente al idealismo de D. Quijote, es un ejemplo del "pícaro" español en el nivel normal sin las exageraciones ni los excesos de Lazarillo o Alfarache.

Pues bien, lo que sabemos de la vida de Bernardino Alvarez es suficiente para comprobar cómo era un típico ejemplo de esta casta de españoles que con los otros tres citados más arriba, vino a poblar América. Aventurero, osado, como militar fue más heroico en mancebías y lances de juego que en la lucha con los Chichimecas. Descreído superficial, tenía un profundo fondo místico, que brota en su crisis de arrepentimiento y expiación. Bernardino es la figura tradicional del "pícaro" y aunque su obra perdurable nos lo recuerde en oración y llegue hasta nosotros arrodillado delante de un crucifijo, esto fue posible, precisamente, porque en su dualidad psicológica había existido la otra fase, la que nunca se relata, por los biógrafos y en la que tenía asentadas las verdaderas raíces de su personalidad.

No se podría explicar la abnegación, la fuerza, ni la trascendencia que supo imprimir a su obra si no conociéramos el antecedente de su vida mundana, andariega, entre pependencias y burdeles. No es ninguna novedad. En la historia del

pueblo español, podemos citar ejemplos a montones de estos arrepentimientos, fecundos en obra material, que son el producto innegable de la lucha interna mantenida por las diferentes personalidades que todos llevamos dentro.

No conozco lo bastante a Bernardino para emprender el estudio a fondo de esta época de su vida. Descubriríamos con seguridad cosas inesperadas pero, para mí, resulta indudable que a esa primera época de contacto con el mundo y sus miserias debemos casi todo de lo que Bernardino Alvarez hizo más tarde en esta tierra mexicana. Tierra que vio desfilar sobre su suelo otros muchos del mismo corte y entre ellos a Mateo Alemán, ídolo de la picaresca española.

Sería bastante lo apuntado para valorar la importancia que tiene el trabajo que comento, pero es necesario todavía recordar otro aspecto notable de Bernardino Alvarez. Inconscientemente introdujo en México una tradición que desde épocas medievales venía siendo orgullo de la cultura peninsular. Frecuentemente se considera que la liberación de dementes que hizo Pinel a principio del siglo XIX, es el punto de partida de la moderna psiquiatría. Sin embargo el propio Pinel en su obra indica cómo la idea le vino de España, —concretamente de Zaragoza—, y para cuando Pinel la recoge hacía exactamente cuatro siglos que España contaba con establecimientos de reclusión para enfermos mentales en los cuales el trato era humanitario y la terapéutica ocupacional había sustituido al régimen de cadenas y cerrojos.

Valencia, Zaragoza, Valladolid, Granada, Toledo, Sevilla y otros muchos lugares más, habían sido los campos de experimentación de esta entonces nueva técnica que desde el siglo quince se practicaba con éxito, sin más base que la caridad y el amor al prójimo. Bernardino Alvarez, la importó a México. Estableció en este país lo que para él, con seguridad, no era nuevo y supo dedicarse a su labor con celo y fe suficientes para que hoy todavía le recordemos y se mantengan en pie los fundamentos y el espíritu de su obra.